



POR JESSICA ADAL

HACE unas semanas escribía sobre la desesperanza y la angustia arraigadas en la poesía chilena actual. Me referí entonces a poetas hombres. Pero las mujeres no son la excepción. Morir del puro hábito se llama el libro de Marisol Weismann. Ya su título nos indica hasta qué punto gira en torno a uno de los tópicos más explorados en nuestro universo intelectual.

¿Pero qué significa la práctica constante de morir? El "hábito" requiere ejercicio y muchas veces sacrificio. En Weismann, sin embargo, su condición más dramática reside en que finalmente se instala, a pesar de oponerle resistencia: "la muerte precisa me ciñe y me tiende a tientas a medias el mal". Y este hábito de morir "entre sombras" termina por seducir y doblegarla: "cédeme de gozarte como".

El lenguaje, entonces, no surge desde la pertenencia sino desde el despojo. Hay cortes bruscos, cesuras, silencios. Los versos son escuetos, el vocabulario no muy amplio. El estado de ánimo desolado o, en su manifestación adversa, oufístico. Aquellos chiparrones que aparecen de repente no están asociados a la vida sana sino a la locura. La muerte tiene relación con el "Ser frágil" y cuando se está "Menos frágil" me baño en la palabra loca".

Provenientes de la tierra de nadie o del temblor amoroso, la baja autocritica y el abandono son dos motivos recurrentes en la poesía femenina moderna reflejados nitidamente en las imágenes amoratorias, sensuales de Marisol Weismann. La desolución del yo comienza por "Vivir al compás de este cuerpo caído". La mirada analítica está enfocada —o se torna borrosa— en la propia esencia: "ni tan santa/ni tan puta". Y desde ahí, sólo resta un paso para caer —abandonándose— en los brazos siempre abiertos de la muerte excusadora, tentadora. "En subido la muerte se abraza en una jaula luego instala en tu dedo doble argolla de oro".

La poesía denuncia opresión: "El vaho de muertos/ se me pliega como mano blanda en la espalda/pretende beberme el fuego". El "impulso vital" no logra retenerse y se hunde en pesada carga con conchas y heridas del holocausto judío. Hay miedo, hay "oscuridad dolida", pecados o más bien pecadores. Weismann pide perdón, barre su vicio bajo la alfombra. De alguna manera, parece sentir que esta muerte que "trepa y poja" la merodea. Pero siente, a la vez, terror a ser finalmente poseída y desaparecer sin dejar rastro, en el olvido. Y ruega: "no nos dejes esfumarnos/ aunque estemos malidos".

Un mal hábito como la muerte de todas maneras podría caber dentro de la lista de *Peligros posibles* de Ana María Vieira. Los breves poemas de esta autora también giran en torno a esta manera de no vivir, a esta costumbre de habitar el lado oscuro. Ella escribe "A la deriva", cuando el "alma tiembla" y se teme "caer/ y tendirme en la noche para siempre".

El tono siempre melancólico invita a ese "hondo vacío de palabras". ¿Qué función cumple entonces el lenguaje? ¿Hacer poesía o simplemente "Vivir mis alaridos"? Con "los ojos hacia adentro", la voz poética —al igual que en Weismann— abre el espacio a la autocritica. Porque "Apert me derramé en la niebla", Ana María Vieira busca amansa ese rostro diluido. En definitiva, su propio ser. Pero la tarea es complicada: "no recuerdo dónde está el sol". La desesperanza fatalista se impone e incluso inmoviliza ante las "ruinas": "¿Y no hay alabazas/ ni voces que las nombren? Y para terminar, por qué no atormentarse con el "Peligro Supremo": "¿Sólo, sobre todas las cosas salvarme del peligro mayor/ Si caer en tentación/ y deshacerme en universos/ ya dónde ir?".

Lo único que distrae esta fuerza letal son ciertos rasgos de una escritura experimental liberadora. Pero Ana María Vieira no se da tregua. Su



Haciendo Muerte

poeta cuestiona el rol tradicional del espacio íntimo femenino en una carrera contra el tiempo, "el tiempo me derriba". La mujer aquí no es la "bien" simbolizando para fertilidad y alegría sino la "madre triste/ ojos tapados". Se contraponen, por otro lado, razón y sentidos. La sensualidad es inmensa. Pero el miedo a perderla —tanto en Weismann como en Vieira— es aún más grande.

Entre *Lagaritas*, el último libro de Verónica Zondek, también metáforas, entre otros motivos, la muerte. Su lenguaje simbólico evoca un lirismo de alegoría medieval donde la heroína —atracada pero indiscutida— es la vida apasionada y atrevida. Observámonos que para Marisol Weismann la realidad es vivida como muerte. Para Verónica Zondek, por otro lado, el arte es una manera de hacer muerte.

Pero esta poeta no toma la muerte como fin sino como principio de todo un mundo imaginario, épico y mítico a la vez. En su "De la nada a la nada, de la oscuridad a la oscuridad" se plasma un trasfondo bíblico y figurativo. "Dónde estamos, sino en medio de ese juego de lagartijas que busca

la tibia, y sobre todo, qué nos resta sino jugar y continuar", escribe en su "Entre nos" introductorio a sus poemas, donde también define un "arte, para celebrar-soportar la brevísima victoria, sin sucumbir a la dulce tentación de la tiniebla".

Justamente esta mirada demarca la diferencia fundamental entre Verónica Zondek y los dos poetas anteriores. Manteniendo un ritmo cadencioso, conversa con la muerte, la siente en sus rodillas a lo Baudelaire pero no sucumbe ni desaparece ante ella. En más, la pone en su sitio: codo a codo con la "cama tibia" y "ese deseo que lo cubre todo".

Entre *Lagaritas*, además, ha sido un trabajo en equipo y la muerte más tirana siempre ataca en soledad. Los poemas, de hecho, se complementan con ilustraciones de Gabriela Villagas. *Lagaritas* o mujeres, bosqueja a veces unos verdaderos engendros con cuerpo de mujer y cabeza de reptil, bastante poco agradables (incluso abominables como ciertas figuras que pintaba Hieronymus Bosch entre el siglo XV y XVI), sin demeritos, en todo caso, el talento de la artista.

Los versos de Verónica Zondek también están llenos de sensualidad. Como Weismann y Vieira, susurra y deja hablar a su cuerpo. Pero, eso sí, lo hace paralelamente a la exploración del mundo mágico y maravilloso. Y, en este sentido, los grabados también ilustran esta confluencia entre el mundo imaginario y el mundo material.

Por último, cabe destacar la delicada y refinada edición de este libro, al igual que los *Peligros Posibles* de Ana María Vieira. Conocido éste dentro de una colección de formato más pequeño, traduce intimidad. Sin duda, una hermosa edición invita a la lectura de la aventura poética, vertiginosa y, quién sabe, a veces también, posiblemente peligrosa.

ENTRE LAGARTIAS

Verónica Zondek. Ilustraciones de Gabriela Villagas. LDM Ediciones, Santiago, 1999, 42 páginas.

PELIGROS POSIBLES

Ana María Vieira. Editorial Semejanzas, Santiago, 1999, 43 páginas.

MORIR DEL PURO HÁBITO

Marisol Weismann. RL Editores, Santiago, 1999, 47 páginas.

La resistencia [artículo] M. F.

Libros y documentos

AUTORÍA

M. F.

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La resistencia [artículo] M. F. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile